

se exportaron menos becerros en pie, lo que es una señal de que las cosas no están del todo bien. Actualmente la producción pecuaria chihuahuense, como casi todas las agropecuarias a lo largo y ancho de México, atraviesa una problemática que afecta seriamente su competitividad y rentabilidad.

Los precios al productor se han desplomado significativamente: de 1981 a 2009 el precio real de la carne bovina en pie perdió 26.3% de su valor; es decir, los ganaderos han visto menguar su ingreso en más de una cuarta parte en este periodo. El precio de los porcinos cayó 28.9% y el de aves 29.5. Destaca el caso de la carne de borrego, la única que en este lapso aumentó, en un nada despreciable 15.3%. Además, ha habido un encarecimiento significativo de los insumos. Por ejemplo, de acuerdo a datos de BANXICO, de 1993 a 2010, el precio del alimento balanceado para bovinos subió 491.2%; el del sorgo, 409.7; el de maíz, 390.9, y la alfalfa, 304%.

Estos factores explican el porqué de la pérdida de rentabilidad y competitividad de la ganadería bovina de carne en el estado. Datos de Fideicomisos Instituidos en Relación con la Agricultura (FIRA) indican que esta actividad representaba en 1998 una relación beneficio costo de 1.70, (apenas debajo de 1.73 que se tenía para este sistema ganadero en Texas), pero en 2008 disminuyó a 1.32. Esto es, en sólo diez años la rentabilidad de la ganadería bovina de carne en Chihuahua declinó en 28.8%.

Otro indicador de la realidad de los ganaderos chihuahuenses está en el más reciente Censo Agrícola, Pecuario y Forestal, que muestra la pérdida de empleos en la actividad: en 1991, en el estado se contabilizaron 52 mil 880 unidades de producción con ganadería de carne, mientras que para 2007 la cifra fue 10.2% menor, de 47 mil 986.

Es innegable, la ganadería es una actividad estratégica para el desarrollo de Chihuahua, por lo que es urgente diseñar una política pública que le permita recuperar la competitividad y rentabilidad.

*Docente-investigador de la UACJ.

Recuento

20 de noviembre: corte de caja. España, Europa y la democracia

Iván Roberto Álvarez Olivas*

Luego de 7 años de presidir el gobierno, el 20 de noviembre se cerró el ciclo del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y Rodríguez Zapatero en España. Su retirada del gobierno es estrepitosa. Si en 1996, después de 14 años de gobierno de Felipe González y su natural desgaste en el ejercicio del poder, los socialistas obtuvieron 141 escaños, en 2011 el PESOE ganó sólo 110 de los 350 escaños en disputa. Esta cifra es la más baja para el partido en la época democrática, por debajo de los 118 diputados obtenidos en las primeras elecciones de la democracia en 1977 o de los 125 ganados en plena crisis del socialismo español en el año 2000.

El Partido Popular (PP) de la mano de Mariano Rajoy gana abultadamente, con la diferencia más grande que ha habido entre los dos partidos que se alternan en el poder. Obtiene una holgada mayoría absoluta de 186 diputados, tres escaños más que en la mejor época de Aznar en 2000. Más aún, el PP y los nacionalistas estarían, si se dan algunas combinaciones, a un paso de dejar al PSOE sin gobiernos autonómicos.

Otros partidos como Izquierda Unida (IU); Unión Progreso y Democracia (UPyD, fundado en 2007 por una ex miembro del PSOE); Convergencia i Unió (CiU, nacionalismo catalán); Partido Nacionalista Vasco (PNV); y AMAIUR por nombrar en orden de prelación a los más votados después de los dos partidos con capacidad de gobierno, han logrado escaños que gracias al sistema electoral español, no se corresponden con los votos alcanzados. Así, por ejemplo IU con 1,680,000 votos llega a 7 escaños por 16 de CiU con 1,014,000 votos; o UPyD tendrá 5 diputados con 1,140,000 votos frente a los 7 legisladores que gana AMAIUR (la izquierda abertzale o independentista del País Vasco) con 333,000 sufragios.

La salida de los socialistas del poder puede entenderse, se insiste, sobre todo por la mala gestión nacional de la crisis económica que desde 2009 no termina de irse del escenario mundial; por la tasa de desempleo que de 2008 a 2011 pasó de 2 a más de 4 millones 200 mil parados y llega a 21.5% de las personas en edad de trabajar; por el viraje que se vio obligado a dar Zapatero para contener los efectos del bajón económico, luego de haber repetido hasta el cansancio que de la crisis España saldría sin recortar beneficios sociales.

(Continúa en p. 45)

(Viene de p. 6)

Ni el gobierno paritario, ni la igualdad de derechos para que las parejas del mismo sexo se casen o puedan adoptar, ni las subvenciones a la paternidad (el llamado cheque bebé, que ante la crisis tuvo que ser retirado), ni el aumento a las pensiones, ni el cese definitivo de la violencia de ETA —que no puede atribuirse a Zapatero, pero se da durante su gobierno—, ni la nominación de Ruvalcaba, un peso pesado, como candidato pudieron detener la caída del PSOE. Rajoy, armado de un discurso que eludía cualquier tema espinoso o siquiera relevante, fue capitalizando, sin hacer demasiados aspavientos, el descontento de los españoles con el gobierno socialista.

Al parecer el terremoto económico, y su mala gestión en territorio español, es la mejor explicación para el triunfo de la derecha en España. Aunque, si ampliamos la lente a Europa, las cosas se ven un tanto distintas.

En efecto, la misma crisis que perdió a Zapatero, es vista como la causante de hacer salir este año a los también socialistas Papandreu del gobierno de Grecia, a José Sócrates del de Portugal o, el año pasado, al laborista Gordon Brown en Inglaterra. Pero, asimismo, desde 2010 la economía ha hecho perder, por lo general frente a la izquierda, elecciones locales a los conservadores franceses con Sarkozy a la cabeza y a los alemanes bajo el liderazgo de Merkel; sacó del poder al democristiano Belenkende en Holanda, le quitó el gobierno a la derecha en Dinamarca y orilló al inefable Berlusconi a dimitir.

Ante este panorama, cabe preguntarse si las derechas española, portuguesa, griega o inglesa son vistas como buenas gestoras de un modelo económico inspirado en su ideología, mientras que las izquierdas francesa, alemana, holandesa, danesa o italiana serían, bajo esa misma lógica económico-electoral, igualmente hábiles para sacar de la apertura económica a sus países. Puesto así, la explicación resulta insatisfactoria.

Un argumento más plausible apuntaría a que simple y sencillamente la economía globalizada se ha vuelto ingobernable. Después de la ruptura del acuerdo de Bretton Woods, por la imposibilidad de gestionar la crisis del petróleo en 1973, se empieza a instaurar, con Thatcher y Reagan, el modelo que hoy se conoce, *grosso modo*, como neoliberalismo. El paulatino desmantelamiento del Estado, las privatizaciones masivas y la libertad irrestricta del flujo de capitales, han dejado a los gobiernos nacionales con capacidades limitadas para la gestión de las crisis.

De esta forma, ahora los partidos de izquierda y derecha de las democracias europeas se encuentran con situaciones que rebasan su ámbito de competencia y que generan malestar entre sus ciudadanos. Es decir, hay una incapacidad por parte de los gobiernos nacionales, de ambos signos ideológicos, para cumplir con los proyectos programáticos a los que se comprometieron al ganar las elecciones. De ahí la pérdida del poder de los partidos gobernantes; de ahí también la insatisfacción de los ciudadanos con la democracia.¹

No es, sin embargo, que la divisa que culpa a los socialistas españoles de una mala gestión económica —que sin duda la hubo— como detonante de su descalabro electoral esté descaminada. Es real, como también lo es que la derrota del PSOE del 20 de noviembre, junto a los reveses de los otros partidos gobernantes europeos en los últimos dos años, muestran un modelo económico que tal vez podría estar empezando a erosionar los pilares de la democracia. Si permanentemente la apuesta electoral mayoritaria de una sociedad, sin importar su signo político, es incapaz de hacer nada por sus gobernados en tiempos de crisis económica, la democracia está en problemas. Si, en fin, la gobernanza democrática está supeditada a la irracionalidad de los mercados y la especulación financiera internacional, la elección de autoridades y paquetes de políticas públicas nacionales podría, en cierto sentido, estar perdiendo protagonismo, validez y eficacia.

La alternancia en el poder, típica en los regímenes democráticos, es naturalmente una válvula de escape para los ciudadanos. No se ve, sin embargo, un futuro alentador para un sistema de gobierno que limita de forma tan dramática a los ciudadanos y sus gobiernos a manejar sus problemas; que es incapaz de gobernar, o al menos de regular, la economía.

Que el socialismo español tenga que reinventarse, es un asunto que le compete al PESOE, sus afiliados y simpatizantes. Que la democracia, en tanto modelo de gobierno, deba replantearse algunos presupuestos, es una cuestión que toca a los ciudadanos que pensamos que la alternativa democrática es, hoy por hoy, la única viable.

¹Docente-investigador de la UACJ.

²Las democracias no europeas también sufren de estos males. Baste recordar el paradigmático caso de Argentina en 2001, que pese a seguir a pie juntillas las recetas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), entró en una crisis e inestabilidad económica y política tristemente memorable.